EL PAPA JUAN PABLO II Y LA UNIDAD INTERNA DE LA IGLESIA

JOSEF SCHUMACHER

1. *La unidad, característica esencial y nota de la Iglesia*

La unidad de la Iglesia se puede entender como unidad orgánica y numérica, y como unión y unicidad [1]. En este doble sentido es una característica esencial y, como tal, un distintivo de la Iglesia de Cristo. Junto con la santidad, la catolicidad y la apostolicidad, la unidad se menciona expresamente en el símbolo niceno-constantinopolitano. Ya al término de la era apostólica, cuando los diversos grupos y herejías dieron lugar al planteamiento de la cuestión de la verdadera Iglesia, se consideró la unidad como la nota decisiva; por ejemplo, la unidad del canon o Escritura, la unidad del ministerio eclesial y la unidad de la norma de fe. Pero hubo que buscar esta unidad *kat'holen ten gen;* debía expresarse, pues, como unidad católica, es decir, universal, omnicomprensiva.

El Concilio Vaticano I entiende la unidad, especialmente la unidad interna, no sólo como característica esencial de la verdadera Iglesia, sino también como una nota de fe que manifiesta el carácter sobrenatural de la Iglesia [2]. También el Concilio Vaticano II habla de la Iglesia en su unidad interna como signo elevado sobre el mundo [3]. Tiene su peso específico en tanto significa, en el aspecto temporal, la inmutabilidad a lo largo de la historia y, en el aspecto espacial, una universalidad que está por encima de los pueblos y las culturas. El teólogo protestante Adolf von Harnack destacó este hecho a prin-

1. *Unitatis redintegratio,* art. 1: «Una enim atque unica a Christo Domino condita est ecclesia...».
2. DS 3013.
3. *Unitatis redintegratio,* art. 2.

cipios de nuestro siglo con un toque de admiración: «La Iglesia romana es la colectividad más extensa y más grande, la más complicada y al mismo tiempo la más unida que la historia haya producido» [4]. Esta permanente unidad es algo extraordiario ante el hecho de que todas las instituciones decaen paulatinamente y delatan tendencias centrífugas en proporción a su misma magnitud [5]. Esta unidad adquiere una especial fisonomía cuando se piensa que la confesión de la Iglesia no se basa en verdades accesibles a la razón, sino en misterios que la desbordan absolutamente [6].

Esta unidad ha producido una fascinación particular en nuestro siglo por contraste con la diversidad y la contradicción reinantes en el pensamiento, en la praxis y en el sentimiento religioso del hombre moderno. Y ha llevado a un buen número de cristianos inquietos a la Iglesia católica [7]. Actualmente aparece menos destacada en la práctica y en la sensibilidad de los cristianos, aunque sigue vigente en el plano de los principios. Ya en el Nuevo Testamento se consigna la unidad como nota de credibilidad, como signo de la divinidad de la Iglesia; así, en el discurso de despedida del evangelio de San Juan: «Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que yo les he amado a ellos como tú me has amado a mí» (Jn 17,22s). El Papa Juan Pablo II subraya la unidad en su predicación, más como una llamada y un compromiso que como una mera constatación.

2. *La esencia de la unidad de la Iglesia*

El Nuevo Testamento no concibe la unidad de la Iglesia de modo pragmático, al servicio de una mayor eficacia mediante la concentración de todas las fuerzas o de una mayor capacidad persuasiva, sino como característica y exigencia de la Iglesia vinculada a Cristo [8]. La unidad es un don y no un mero producto del esfuerzo de los creyentes; es la unidad concreta e histórica del pueblo único de Dios, que es preciso conservar y preservar [9]. Es, en primer término, un indicativo. De

4. *Das Wesen des Christentums,* Leipzig, 1908, 153.
5. A. LANG, *Fundamentaltheologie,* II, Munich, [4]1968, 178 s.
6. J. BRINKTRINE, *Offenbarung und Kirche,* II, Paderborn, [2]1949, 274.
7. Cf. J. MAUSBACH, *Grandzüge der katholischen Apologetik,* neubearbeitet und herausgegeben von D. Wunderle, Münster, [5]1934, 132.
8. L. SCHEFFZYK, *Das Unwandelbare im Petrusamt,* Berlín, 1971, 78 s.
9. H. SCHLIER, art. *Einheit der Kirche,* en *LThK III,* Friburgo, [2]1959, 754;

éste sigue luego el imperativo. La unidad dada pasa a ser la tarea de los creyentes.

La opción por la unidad se plantea desde el principio en los contrastes que aparecen en el Nuevo Testamento: la oposición entre los judíos y los paganos, etre la Iglesia y los carismáticos, entre la Iglesia y los falsos maestros. La oposición entre los judíos y los paganos aparece, por ejemplo, en el Evangelio de San Juan, en los Hechos de los apóstoles, en la Carta a los romanos, en la Carta a los gálatas y en la Carta a los efesios; la oposición entre la Iglesia y los carismáticos, en la primera y segunda Carta a los corintios; la oposición entre la Iglesia y los falsos maestros, en las cartas pastorales, en la primera Carta de San Juan y en el Apocalipsis.

La unidad se funda, según San Pablo, en la realidad y en la acción del Dios único [10] y en la revelación única efectuada en Jesucristo [11]. Es obra del Espíritu Santo, que es el Espíritu de Dios y de Jesucristo [12]. La unidad se nos comunica, en virtud del único Espírtu, en el único evangelio [13]. El ministerio, que es sustancialmente ministerio apostólico, está al servicio del evangelio. Pablo, que cuida de mantener la unión con los apóstoles [14], considera como punto decisivo de su actividad crear mediante su evangelio y su ministerio la unidad de las iglesias locales en su área de evangelización [15]. Es lo que persigue en sus disposiciones, en sus cartas, en sus viajes y con el envío de sus colaboradores.

Los diversos dones tienen su origen en el único Espíritu de Dios [16]. El Espíritu Santo es «para toda la Iglesia y para cada uno de los fieles el fundamento de la unión y de la unidad en la enseñanza de los apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en la oración» [17].

El fundamento de la unidad de los creyentes está, según San Juan,

---

cf. Y. CONGAR, *Die Wesenseigenschafte der Kirche,* en *Mysterium salutis, Grundriss heilsgeschichtlicher Dogmatik,* edit. por J. Feiner y M. Löhrer, vol. IV, 1, Einsiedeln, 1972, 390: «La Iglesia no es simplemente una unidad sociológica basada en la colaboración, no es simplemente un todo operativo. La iniciativa y el don de Dios tienen en ella una prioridad absoluta».

10. 1 Cor 8,6; Rom 3,29 s.; 1 Cor 12,3 ss.
11. Rom 14,7 ss.; 2 Cor 5,14 ss.; 1 Cor 8,6; Gal 3,20.
12. Rom 8,9 ss.; 1 Cor 2,10 ss.; 6,17; 2 Cor 3,17.
13. Gal 1,6 ss.; 2,1 ss.
14. Gal 1-2.
15. 1 Cor 3,10 ss.; 12,13.
16. 1 Cor 12,4 ss.; Rom 12,3 ss.; *Lumen gentium* art. 4.
17. *Ibid.,* art. 13. No es desacertada la opinión de J. A. Jungmann cuando señala que la fórmula «in unitate Spiritus Sancti» en las oraciones es una alusión a la Iglesia (*Missarum Solemnia,* II, Viena, ²1949, 321). La idea es que la Iglesia es la manifestación visible en la tierra de la Trinidad, que está unida en el Espíritu Santo; que la Iglesia es un organismo cuyo principio de unidad y vida es el Espíritu Santo.

en la unidad del Hijo con el Padre [18]. La unidad se realiza cuando el Hijo manifiesta al Padre [19] y muere por su pueblo [20].

Los Santos Padres subrayan la realidad y la necesidad de la unidad interna de la Iglesia. La primera carta de San Clemente (hacia 96) fustiga las desavenencias de la comunidad de Corinto con este razonamiento: «¿No tenemos un solo Dios, un solo Jesucristo y un solo Espíritu de gracia que se nos ha infundido? ¿No hemos recibido una misma vocación en Cristo?» [21]. Califica las escisiones de vergonzosas e indignas del comportamiento cristiano [22].

Ejemplo de la estimación de la unidad en la Iglesia primitiva son también las cartas de San Ignacio de Antioquía (117) [23]. Ignacio escribe a los filadelfios: «Los que pertenecen a Dios y a Jesucristo están vinculados con el obispo; y los que se han convertido y han abrazado la unidad de la Iglesia, pertenecerán a Dios...» [24]. Con igual claridad destaca la unidad San Ireneo († alrededor de 202), cuando escribe: «Las iglesias fundadas en Germania creen y transmiten lo mismo que las iglesias de España o de los celtas, de Oriente o Egipto, de Libia o del centro del mundo. Como el sol es uno e idéntico en todo el mundo, también el mensaje de la verdad está presente en todas partes» [25]. La unidad de la Iglesia, junto con la universalidad, constituye un criterio para discernir su origen apostólico [26]. San Cipriano de Cartago († 258) relaciona la unidad de la Iglesia con su origen en el ministerio de Pedro como roca de la Iglesia [27]; aunque, según él, es también tarea de los obispos velar por esta unidad [28]. Asimismo, San Optato de Milevi († antes de 400) [29] y San Jerónimo († 420) [30] fundamentan la unidad de la Iglesia en la cátedra de Pedro. San Agustín († 431) hace notar que, frente a la escisión religiosa del paganismo, la unidad es la característica del cristianismo y de la Iglesia. Constituye el distintivo fundamental de la Iglesia verdadera. La separación de los donatistas encontró su castigo al escindirse luego en numerosas sectas [31]. Advierte que la separación de un miembro de la unidad de la

18. Jn 17,11.21.23.
19. Jn 17,6.12.26.
20. Jn 11,51 s.; cf. H. SCHLIER, art. *Einheit der Kirche, o.c.,* 750-754.
21. *1 Clem* 46: PG 1, 303.
22. *Ibid.,* 47: PG 1, 304.
23. H. DE LUBAC, *Quellen kirchlicher Einheit,* Einsiedeln, 1974, 101.
24. *Ad Philad.* 3: PG 5, 700.
25. *Adv haer.* 1, 10,2: PG 7,552 s.; cf. IV, 33,7: PG 7, 1076.
26. *Ibid.,* 1,9,5: PG 7, 548 s.
27. *De unitate ecclesiae,* 4: PL 4, 513 s.
28. *Ibid.,* 5: PL 4, 516 ss.
29. *De schismate Donatistarum* 2,2 s.: PL 11, 946-950.
30. *Adversus Iovinianum* 1,26: PL 23, 258 s.
31. *De unitate ecclesiae* (alrededor de 405).

Iglesia tiene como consecuencia la muerte, lo mismo que ocurre a los miembros de un organismo vivo. «El espíritu no permanece en el miembro separado» [32].

El Concilio Vaticano II define a la Iglesia como «el pueblo unificado desde la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» [33]. La unidad perfecta de Cristo con el Padre en el Espíritu Santo es la esencia del ser y de la vida divina. La Iglesia debe reproducir esta unidad. Así participa en la vida divina [34]. Es de tal importancia, que cabe decir: todo el que afirma y busca la unidad queda legitimado por ella [35].

La unidad de la Iglesia se nutre concretamente «de la palabra y el sacramento como agentes de unidad, del ministerio como favorecedor y promotor de la unidad, del carisma como animador y reforzador de la unidad» [36]. Por eso aparece «como unidad concreta e histórica y no sólo ideal, actual y no sólo futura, dada y no sólo por hacer, unidad del pueblo de Dios que forma un solo cuerpo de Cristo y es el templo del Espíritu Santo. Esta unidad se siente y se mantiene en la experiencia de la fe y en su conocimiento, en la esperanza y en el amor, y siempre en la humildad. Por eso es una unidad de corazones» [37]. Se realiza en la unidad de fe, en la unidad de culto y en la unidad de comunión jerárquica. Los primeros cristianos «eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones» [38]. El último fundamento espiritual de la unidad es la fe, es decir, el reconocimiento de la verdad de la revelación y la confesión de la misma [39]. Por eso el servicio a la unidad es servicio a la fe [40]. De la unidad del espíritu en la verdad nace la unidad de los corazones en la comunión fraterna.

La unidad de la Iglesia debe ser visible al exterior. No basta con

---

32. *Sermo 267,* 4: PL 38, 1231 y 267, 3 s.: PL 38, 1230 s.
33. *Lumen gentium,* art. 4.
34. Jn 17,21: *Unitatis redintegratio,* art. 2; *Gaudium et spes,* art. 24. L. SCHEFFCZYK, *Das unwandelbare im Petrusamt, l.c.,* 79: «Si la Iglesia no es una, no puede poseer de modo perfecto la vida divina». Según San Clemente de Alejandría (*Stromata* 7,17: PG 9, 552), vemos en la Iglesia «como en imagen la naturaleza de la unidad divina».
35. H. DE LUBAC, *o.c.,* 170.
36. H. SCHLIER, *Die Einheit der Kirche nach dem Apostel Paulus,* en *Begegnung der Christen. Studien evangelischer und katholischer Theologen,* edit. por M. Roesle y O. Cullmann, Stuttgart, 1960, 113.
37. *Ibid.*
38. Act. 2,42; cf. *Orientalium ecclesiarum,* art. 2; *Lumen gentium,* art. 14; Y. CONGAR, *o.c.,* 372 s.
39. L. SCHEFFCZYK, *Das Unwandelbare im Petrusamt,* ibid., 83.
40. Cf. W. KASPER, *Dienst and der Einhiet und Freiheit der Kirche,* en J. RATZINGER, Hrsg., *Dienst and der Einheit, Zum Wesen und Auftrag des Petrusamtes,* Düsseldorf, 1978, 96 s.

la unidad invisible en Cristo, como profesa el protestantismo [41]. El Nuevo Testamento habla otro lenguaje. La salvación está estructurada a nivel encarnacionista [42]. Una unidad invisible se convierte de hecho en mera palabra [43]. La unidad que encuentra su expresión en la fe, en el culto y en la jerarquía, está garantizada por el ministerio visible de la autoridad eclesial, que culmina en el ministerio de Pedro.

En el cristianismo existe ya una cierta unidad de fe. Los grupos unidos en el Consejo mundial de las Iglesias confiesan verdades como la Trinidad, la Encarnación, el Bautismo, el Símbolo de los apóstoles y la Sagrada Escritura [44]. Pero existe también la desunión en otras cuestiones importantes. Además, las diversas posibilidades de interpretación convierten a veces aquellos puntos en que se está de acuerdo en confesiones meramente verbales, porque nadie las puede interpretar de modo vinculante. Pero la unidad inicial y fragmentaria postula la ampliación y la profundización.

3. *La relación entre la unidad y la pluralidad en la Iglesia*

Actualmente se hacen a veces ciertas reservas al concepto de unidad. Se entiende la unidad como estancamiento y esterilidad. Se dice que no encaja en la realidad. El pluralismo, en cambio, sería más adecuado a la realidad; es dinámico y fecundo. Por eso el pluralismo debería ser el auténtico principio vital de la Iglesia. Esta objeción es correcta si se entiende la unidad como uniformidad, como igualdad de formas [45]. Pero la unidad en cuanto característica y nota de la Iglesia de Cristo no se debe concebir como negación de la diversidad fáctica. Está en consonancia con la dignidad y la libertad de la persona y se presenta como unidad en la variedad. La variedad de la revelación se corresponde con la variedad de la creación. Por eso la pluriformidad

41. G. MÜLLER-FAHRENHOLZ, *Einheit in der Welt von heute, Zum Thema Einheit der Kirche — Einheit der Menschheit,* Francfort, 1978, 47.

42. Cf. *Lumen gentium,* art. 8; M. KAISER, *Die Einheit der Kirchengewalt nach dem Zeugnis des Neuen Testamentes und der apostolischen Väter,* Munich, 1956, 5-7.

43. El protestantismo sacrifica en última instancia la unidad a la libertad. Cf. A. VON HARNACK, *Das Wesen des Christentums, l.c.,* 72 s.: «...deseamos aún más libertad, más individualidad en la expresión y en la doctrina... más confianza en la fuerza interna y en la fuerza unificadora del evangelio, que se impone mejor en el libre debate de la inteligencia que bajo tutela... Tal es la respuesta evangélica al reproche de 'descomposición' y tal es el lenguaje de la libertad que se nos ha regalado».

44. Cf. K. RAHNER, *Einheit der Kirche — Einheit der Menschheit,* en O. H. PESCH, *Einheit der Kirche — Einheit der Menschheit, Perspektiven aus Theologie, Ethik und Völkerrecht,* Friburgo, 1978, 70.

45. L. SCHEFFCZYK, *Das Unwandelbare im Petrusamt, l.c.,* 81 s.

define la revelación, como define también a sus receptores [46]. La Iglesia se constituye *de Trinitate* y *ex hominibus* [47]. En el único Evangelio de Jesucristo encontramos ya una cierta variedad. En la comunidad primitiva se tolera la pluralidad mientras no afecte a cuestiones esenciales ni pretenda unir elementos inconciliables. Ya los primeros misioneros anunciaron el mensaje según su idiosincrasia personal y teniendo en cuenta las personas a las que se dirigían. Hay una legítima variedad de expresiones en la espirtualidad, en la piedad y en las escuelas teológicas. Las peculiaridades religiosas y los valores de los pueblos y las culturas, como los individuos, deben madurar en el marco de la necesaria unidad [48]. Esto no quebranta en modo alguno la unidad, como explica el Vaticano II, sino que la pone de manifiesto [49]. La frontera de la pluralidad es el *Credo,* la fe vinculante de la Iglesia. Pero su límite concreto es el amor a la fraternidad.

La unidad interna de la Iglesia no es, pues, una unidad estéril. A la unidad en lo necesario corresponde una pluralidad viviente [50]. La Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II declara: «Debe reinar la unidad en lo necesario, la libertad en lo dudoso y el amor en todo» [51].

Precisamente el cristianismo católico se distingue por una gran pluralidad. «No hay un fenómeno religioso que aparezca tan pluralista en la configuración de la fe como el catolicismo con su riqueza en formas religiosas, con su orientación al pueblo sencillo y a los postulados espirituales más elevados, con su despliegue en diversos ideales de vida religiosa y su variedad en estilos de vida contemplativa y activa» [52]. Esta variedad nacida de un principio de unidad ha impresionado a veces profundamente a los observadores externos [53]. Tiene su explicación en el hecho de que, para el pensamiento católico, la unión de lo sobrenatural con lo natural, de la fe cristiana con la cultura humana es de importancia capital y la revelación armoniza con esta comprensión de las realidades naturales, lo cual impide encerrar el pensamiento cristiano en un sistema único. Nada es «más contrario

46. M. SCHMAUS, *Der Glaube der Kirche, Handbuch katolischer Dogmatik* II, Munich, [1]1970, 91.
47. H. U. VON BALTHASAR, *Die Gegenwart des einen Jesus Christus in der Einheit der Kirche, l.c.,* 47 s.
48. H. LAIS, *Dogmatik,* II, Kevelaer, 1972, 68.
49. *Orientalium ecclesiarum,* art. 2; *Lumen gentium,* art. 13.23; *Ad gentes,* art. 3.22; *Orientalium ecclesiarum,* art. 2.
50. *Unitatis redintegratio,* art. 4.
51. *Gaudium et spes,* art. 92.
52. L. SCHEFFCZYK, *Katholische Glaubenswelt, Wahrheit und Gesalt,* Aschaffenburg, 1977, 105.
53. *Ibid.;* cf. *supra* nota 7.

a la verdadera unidad cristiana... que el afán de uniformación; ésta consiste siempre en presentar una única forma como universalmente válida, en encerrar la vida en uno de sus modos expresivos» [54].

Pero esta variedad en la unidad no significa un pluralismo, que no es sino un conglomerado de ideas, formas y figuras que se yuxtaponen sin relación alguna, una reunión de cosas heterogéneas [55], un sincretismo que no se interesa por la verdad, que se contenta con la asunción y reelaboración de cualquier elemento cristiano, sin ver lo esencial y sin abarcar la totalidad. Así se aboga hoy, a veces, por el reconocimiento de diversas ideas y prácticas sobre la Eucaristía, de la fe en la presencia real y la fe en un simple memorial. Se rechaza la obligatoriedad de una confesión de fe estricta y se invoca, sin justo motivo, la pluralidad de las teologías y doctrinas del Nuevo Testamento [56]. Pero el sincretismo olvida el respeto a la verdad y a sus datos objetivos. Convierte al individuo o al grupo en principio último de unidad [57], y conduce así en definitiva a la vegetación patológica o al desmembramiento y la disolución [58].

Los que defienden un pluralismo de este tipo incurren en una serie de inconsecuencias. Así, cuando buscan en el ecumenismo la unidad de todas las comunidades cristianas, mientras infravaloran esta unidad en su propia comunidad. Ellos saben bien que se busca la superación del pluralismo; de lo contrario, el ecumenismo no tendría sentido. Pero la superación de la multiplicidad debe comenzar en la propia Iglesia. La unidad externa condiciona la unidad interna [59].

4. *Principios de la unidad de la Iglesia en la predicación del Papa Juan Pablo II*

Para el Papa Juan Pablo II el papado es el principio decisivo de la unidad de la Iglesia. En su visita a Alemania en noviembre de 1980

54. Y. DE MONTCHEUIL, *Vérité et diversité dans l'Eglise,* en P. CHAILLET, *L'Eglise est une, hommage à Moehler,* París, 1939, 252; cit. según H. de Lubac, *o.c.,* 58.
55. L. SCHEFFCZYK, *Katholische Glaubenswelt, l.c.,* 103.
56. W. MARXSEN, *Zur Traditionsgeschichte des Abendmahls innerhalb des NT,* en *Wort und Abendmahl, Beiträge zur ökumenischen Rundschau,* n.º 5, Stuttgart, 1967, 81. Precisamente el hecho de que las numerosas teologías y doctrinas de los primeros tiempos de la Iglesia fueran recogidas en un canon obligatorio, con exclusión de innumerables escritos apócrifos, demuestra que la Iglesia «vio en el canon una última unidad fundamental y nuclear, en la cual las diferencias eran sólo desarrollos de un mismo e idéntico núcleo» (L. SCHEFFCZYK, *Katholische Glaubenswelt, l.c.,* 104; cf. H. DE LUBAC, *o.c.,* 61 s.
57. L. SCHEFFCZYK, *Katholische Glaubenswelt, l.c.,* 104-106.
58. ID., *Das Unwandelbare im Petrusamt, l.c.,* 81 s.
59. *Ibid.*

destacó repetidamente la especial importancia y la responsabilidad del ministerio de Pedro por la unidad de la Iglesia [60]. Entiende su función primacial como un servicio a esta unidad y está convencido de que de él nace una fuerza singular para la unión de la Iglesia [61]. La unión se afianza mediante la firme vinculación con la Santa Sede, y fortalece a los fieles. Juan Pablo II considera esta unión como el motivo decisivo de sus viajes [62]. Pero no deja de señalar expresamente el carácter vicario del papado: el auténtico principio de unidad de la Iglesia es el mismo Cristo [63]. Toda potestad en la Iglesia tiene su origen en él y sólo se puede entender como potestad vicaria. El obispo de Roma es el principio y fundamento visible de la unidad de la Iglesia [64], mientras que el principio invisible es el mismo Cristo [65]. También las personas indignas e imperfectas pueden hacer visible la función de Cristo para la unidad de la Iglesia. Como instrumento de la unidad de la Iglesia, el Papa es «el lazo de unión no sólo entre todos los obispos que viven actualmente en la tierra, sino también —algo que se olvida a menudo— 'entre la Iglesia presente y la Iglesia de los apóstoles'. Como sucesor de los primeros y más importantes testigos de Jesús, el Papa asegura la unidad de la Iglesia presente 'velando por su continuidad viva con la Iglesia de todos los tiempos' (L. Bouyer)...» [66]. Precisamente en épocas de crisis es más importante el primado como garantía de unidad [67]. La necesidad de este ministerio está respaldada por la experiencia, la cual enseña que la función unificadora de Cristo resulta ineficaz cuando se considera como instancia exclusiva y directa y no se reconoce su representación sacramental [68].

---

60. A continuación nos referimos a los discursos de este viaje pastoral del Papa.

61. *Predigt zum Thema Ehe und Familie in Köln am 15. November 1980,* en *Papst Johannes Paul II in Deutschland, 15-19. November 1980 (Verlautbarungen des Apostolischen Stuhls* N.° 25), Hrsg. Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz, 18, que citaremos: *Verlautbarungen; Ansprache an die ausländischen Gruppen in Mainz am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 90; *Predigt zum Thema Diaspora in Osnabrück am 16. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 47; *Ansprache an die Deutsche Bischofskonferenz in Fulda am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 121; *Abschiedswort auf dem Flughafen München-Riem am 19. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 203.

62. *Ibid. Ansprache nach Ankunft auf dem römischen Flughafen Leonardo da Vinci,* en *Verlautbarungen,* 206.

63. *Ansprache an die Vertreter der Arbeitsgemeinschaft christlicher Kirchen in der Bundesrepublik Deutschland und Berlin (West) in Mainz am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 86.

64. DS 3061; *Lumen gentium,* art. 23.

65. Cf. W. KASPER, *Dienst an der Einheit und Friheit der Kirche, l.c.,* 88; ID., *Das Petrusamt in ökumenischer Perspektive, l.c.,* 111 s.

66. H. DE LUBAC, *o.c.,* 91; cf. también Johannes Paul II, *Predigt zum Thema Ehe und Familie in Kölne am 15. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 18.

67. H. DE LUBAC, *o.c.,* 113.122.

68. H. U. VON BALTHASAR, *o.c.,* 49 s.

La función de unión y de unidad debe considerarse como el elemento específico del papado, aquello que distingue al Papa de los obispos. El Papa comparte con ellos la potestad sacramental. Tampoco cabe descubrir diferencias esenciales —en cuanto a su contenido— en su potestad pastoral y magisterial. El Papa no puede enseñar cosas distintas que los obispos y, como éstos, sólo puede enseñar en cuanto que participa en el ministerio pastoral de Cristo. Pero lo que le diferencia de los obispos —dejando aparte el carisma de la infalibilidad— es la amplitud y el alcance de su potestad como maestro y pastor. Esta potestad no se limita en él a un determinado territorio, sino que se extiende a toda la Iglesia. Y esto no tiene otro sentido que el de la unión interna [69].

La evolución histórica sigue esta línea. La comunidad romana y su obispo fueron desde los orígenes un principio de unidad para toda la Iglesia, como aparece claro ya en la primera carta de San Clemente. Posteriormente, el servicio a la unidad se consideró siempre como el sentido básico del papado, aunque este carácter servicial quedó temporalmente oscurecido [70]. El Vaticano I se refiere expresamente, en la definición del primado, a su fundamento en la unidad de la Iglesia cuando dice en el capítulo 3 de la Constitución «Pastor aeternus»: «...a fin de que, en la guarda de la unidad de la comunión y de la confesión de la misma fe, la Iglesia de Cristo con el obispo de Roma sea un solo rebaño con un solo pastor...» [71].

Es verdad que en la historia el papado no ha sido siempre, ni exclusivamente, el promotor de la unidad de la Iglesia [72]. No siempre se respetaron los esfuerzos de los Papas por la unidad. A veces no les acompañó el éxito, otras veces actuaron en forma imprudente o las circunstancias políticas fueron desfavorables. Los promotores de la unidad fueron en ocasiones los concilios, el emperador, las órdenes religiosas, las universidades y otras personas o instituciones [73]. Pero la conciencia del obispo romano de llevar la responsabilidad de esta unidad se mantuvo siempre [74].

Un factor decisivo de unidad de la Iglesia es, junto al obispo de Roma, el Colegio de los obispos como tal. Por eso el Papa debe pro-

69. L. SCHEFFCZYK, *Das Unwandelbare im Petrusamt, l.c.,* 77 s.
70. *Ibid.,* 78 s.
71. DS 3060, cf. 3051.
72. P. ALBERIGO, *Römische Kirche und Papsttum im Dienst der Einheit der Kirche,* en J. RATZINGER, *Dienst an der Einheit, l.c.,* 46-65, esp. 64.
73. Cf. *ibid.* y W. DE VRIES, *Das Mühen des Papsttums um die Einheit der Kirche,* en J. RATZINGER, *Dienst an der Einheit, l.c.,* 66-80.
74. Cf. DS 3065-3074.

mover la colegialidad de los obispos. El Papa Juan Pablo II se refiere a ella expresamente en su alocución a la Conferencia Episcopal de Alemania reunida en Fulda el 17 de noviembre de 1980, cuando declara: «Desde el primer momento de mi pontificado entendí la función de pastor supremo como un servicio a la colegialidad de los obispos, que están unidos con el sucesor de Pedro, y entendí también la *collegialitas effectiva et affectiva* de los obispos como una importante ayuda para mi propio servicio» [75]. La comunión con los obispos es un ideal que Juan Pablo II siente profundamente. Su modelo es, para él, la comunidad fraterna de los apóstoles alrededor de Cristo [76]. Está convencido de que la unanimidad de los obispos entre sí y su unión con el sucesor de Pedro no redunda en detrimento de la dinamicidad y la credibilidad del testimonio episcopal, como se ha dicho a menudo, ya que todos deben «convivir en una atmósfera fraterna sin temor ni reservas», todos deben «ayudar a construir con su propia aportación la unidad del Cuerpo, que comprende distintos miembros, distintos servicios, distintos dones»; pero «la fecundidad de estos servicios y dones» depende de que «se integren en la única vida del único Espíritu» [77].

En el Colegio de los obispos se combina la pluralidad con la unidad. Ellos representan en su conjunto la variedad de las Iglesias locales en la Iglesia una. Por eso sólo pueden existir y actuar como Colegio con el obispo de Roma y bajo él. Cada obispo vincula su Iglesia a la Iglesia total. En comunión con los otros obispos representa la pluralidad y la universalidad del Pueblo de Dios. Como presidente de la Iglesia local, el obispo hace visible la unidad del rebaño de Cristo [78].

Se ha preguntado con frecuencia por qué, a pesar de la misión unitaria que compete al Colegio episcopal, sólo uno ha de llevar la responsabilidad última en la Iglesia. La respuesta viene de la revelación. Pero también la reflexión racional puede apoyar la conveniencia de esta doctrina y praxis. Una dirección colectiva no es, sin más, un órgano de unidad. Representa sólo una unidad moral. Existen a veces tendencias divergentes o se da una falta de consenso en situaciones decisivas [79]. La Iglesia ortodoxa pone de manifiesto las deficiencias en el funcionamiento del órgano directivo plural. Consta de una serie de iglesias autocéfalas. Desde la separación de Roma no ha vuelto a

75. *Verlautbarungen,* 121.
76. *Ibid.*
77. *Ibid.,* 122 y 121 s.
78. *Lumen gentium,* art. 22.
79. L. SCHEFFCZYK, *Das unwandelbare im Patrusamt, l.c.,* 79 s.

celebrar un concilio general [80]. Además, la responsabilidad colectiva supone un ejercicio del poder anónimo e inconcreto y por ello la responsabilidad de los individuos queda diluida en ocasiones [81]. La parte del individuo y la parte de la comunidad se salvan mejor en la responsabilidad personal que en la colectiva.

Sería propiciar un papalismo exagerado el considerar a los obispos algo así como vicarios del Papa [82]. La estructura episcopal de la Iglesia no es menos *iuris divini* que la estructura primacial. La revalorización de la Iglesia local y del ministerio episcopal, o del Colegio de los obispos, llevada a cabo por el Concilio Vaticano II sólo se entiende correctamente si promueve una unión más estrecha de los obispos entre sí y con el Papa [83], sin enfrentar a las conferencias episcopales nacionales con la Iglesia universal. El principio de subsidiariedad rige también en la dirección de la Iglesia; pero el criterio debe ser aquí la eficacia en relación con la vitalidad de la Iglesia, que queda en entredicho con un aflojamiento del vínculo de la unidad, de la comunión de los obispos entre sí y con el Papa [84]. Existe en este punto una relación recíproca. La comunión de los obispos con el obispo de Roma refuerza su colegialidad [85].

Ya San Gregorio Magno († 604) observa que la autoridad del Papa está destinada a reforzar la autoridad de los obispos [86]. A ello hace referencia el Vaticano I [87]. J. A. Möhler habló en el siglo pasado del lazo de unión «entre la reverencia ante el Papa y el espíritu de comunión» y subraya que la debilitación del Papa tiene como consecuencia última la debilitación del obispo [88]. Una vinculación más fuerte a Roma significa una mayor libertad para la Iglesia local. Esto tiene especial actualidad en nuestro tiempo, que se caracteriza por el brote de nacionalismos y la formación de estados totalitarios. Pero no existe sólo una esclavización política, sino también una esclavización social y una esclavización a la tiranía de la opinión pública [89].

---

80. *Ibid.*, 80.
81. W. STÄHLIN, *Im Vorfeld der Einheit*, en W. STÄHLIN, Hrsg., *Das Amt der Einheit, Grundlegendes zur Theologie des Bischofsamtes*, Stuttgart, 1964, 29.
82. Cf. W. KASPER, *Dienst an der Einigkeit und Freiheit der Kirche*, *l.c.*, 93 s.
83. G. DEJAIFVE, *La collégialité épiscopale d'après Lumen gentium*, en «Lumen Vitae», 20 (1965) 483.
84. H. DE LUBAC, *l.c.*, 123, 103 s.
85. *Ibid.*, 110 s., cf. también 10 y 104.
86. *Ep. ad Eulogium episcopum Alexandrinum* 2: PL 77, 933.
87. DS 3061.
88. *Gesammelte Schriften und Aufsätze*, Ratisbona, 1839, vol. I, 265; cf. H. DE LUBAC, *o.c.*, 112.
89. H. DE LUBAC, *o.c.*, 106 s.; H. U. VON BALTHASAR, *o.c.*, 50.

El Colegio episcopal como institución de derecho divino tiene, juntamente con el Papa, una misión fundamental de unidad. Esto no se aplica sólo a las conferencias episcopales nacionales. Estas tienen ya antecedentes en la Iglesia primitiva y el Concilio Vaticano II las ha impulsado y promovido [90]; pero no se pueden interpretar como entidades teológicas intermedias entre las Iglesias locales y el Colegio de los obispos de la Iglesia universal. Cada obispo ejerce su responsabilidad en la Iglesia local y en la Iglesia universal como miembro del Colegio episcopal, no como miembro de la conferencia episcopal. Por eso las conferencias episcopales no pueden olvidar, en su desarrollo y organización, su misión subsidiaria. De lo contrario se burocratizaría la Iglesia, convirtiéndose en un poder anónimo impersonal y forzando un nuevo centralismo, esta vez nacional o regional, que se opondría a la unidad de la Iglesia [91]. El obispo es por mandato divino el pastor de su diócesis. Tiene que afrontar las decisiones necesarias en base a su responsabilidad personal ante Dios, no como órgano ejecutivo de la conferencia episcopal o de una comisión [92]. La colegialidad no significa «gobierno mediante asambleas, comisiones y comités» [93]. No puede oscurecer o paralizar «la responsabilidad y la opción personal de cada pastor» [94]. El Papa Pablo VI, en su exhortación apostólica del 8 de diciembre de 1970, recordó esta verdad a los obispos [95].

Juan Pablo II entiende el ministerio de cada obispo en analogía con el ministerio de Pedro, cuando exhorta a los obispos a esforzarse por buscar la unidad del presbiterio en sus diócesis, en bien de la unión de la Iglesia [96]. Asume así una idea del Concilio Vaticano II: si al ministerio de Pedro compete la unión de la Iglesia en el plano universal, al obispo compete eso mismo en el plano local [97]. Así declara a los sacerdotes: «El obispo es aquel que representa de modo especial, para vosotros y con vosotros, a Cristo. El que es amigo de Cristo no puede eludir la misión del obispo. Y procurará que sus propias opiniones y actuaciones no estorben la misión que Cristo dio al obispo. La unidad con el obispo y la unidad con el sucesor de Pedro son el fir-

90. *Christus Dominus,* art. 36 ss.
91. H. DE LUBAC, *o.c.,* 81-90.
92. J. MARITAIN, *De l'église du Christ, sa personne et son personnel,* París, 1970, 149.
93. H. DE LUBAC, *o.c.,* 203.
94. *Ibid.,* 202; cf. también *ibid.,* 81-90.
95. AAS 63 (1971) 97-106.
96. *Ansprache an die Deutsche Bischofskonferenz in Fulda am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 122 s.
97. *Lumen gentium,* art. 23; Encíclica *«Satis cognitum»* (29.VI.1896): DS 3305; S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra gentiles,* IV, 76; E. LAMIRANDE, *Gemeinschaft der Heiligen (Der Christ in der Welt,* 5,1), Aschaffenburg, 1963, 102.

me fundamento de una fidelidad que no puede vivirse sin la amistad de Cristo. Esta unidad es también el presupuesto para que nuestro servicio, el servicio de los obispos y del Papa, se lleve a cabo con un talante abierto, fraternal y lleno de comprensión hacia vosotros» [98]. Pero, a su vez, la unidad del obispo con el Papa es el presupuesto para su acción unificadora dentro del presbiterio.

Como subraya el Papa, la unidad de los sacerdotes entre sí es del todo punto necesario, dada su responasbilidad en el mundo moderno. La comunidad sacerdotal debe practicarse ya en los seminarios. Para el elevado ideal de la vida célibe y de entrega a Cristo y a los hombres y para la vida de sencillez, pobreza y disponibilidad sacerdotal, la comunidad sacerdotal adquiere una especial relevancia. Su fundamento es la Cruz [99]. La amistad con Cristo debe ser la base para crear esa comunidad y profundizar en ella [100]. Ella exige la apertura fraternal, el alivio de las cargas de los unos por los otros y el testimonio común «que llega a superar los juicios, las cuestiones de prestigio y las desconfianzas» [101]. Sólo de ese modo, dice el Papa, es fecundo el servicio de los sacerdotes [102], y ellos se liberan del agobio y el aislamiento y atraen las bendiciones de Dios sobre su actividad pastoral [103].

Como los obispos, unidos entre sí, deben cuidar de la unidad del presbiterio, también los sacerdotes, solidarios en el presbiterio, han de esforzarse por la verdadera comunión del Pueblo de Dios y oponerse a todo falso pluralismo. Juan Pablo II declara que la unidad del Pueblo de Dios debe recibir su fuerza de la unidad del Colegio de los obispos y del presbiterio [104]. Los sacerdotes, los obispos y el Papa, cada uno en su puesto, cargan con la responsabilidad decisiva de la unidad de la Iglesia. Ellos son a todos los niveles la garantía visible de la Iglesia visible [105].

Pero no sólo ello tienen una responsabilidad, como observa el

98. *Predigt zum Thema Priester, Diakone, Seminaristen in Fulda am 17 november 1980,* en *Verlautbarungen,* 111.

99. *Ansprache an die Deutsche Bischofskonferenz in Fulda am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 122 s. El Vaticano II destaca también la conexión interna de los sacerdotes como don y tarea (cf. *Lumen gentium* art. 28; *Presbyterorum ordinis,* art. 8).

100. *Predigt zum Thema Priester, Diakone, Seminaristen in Fulda am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 110.

101. *Ibid.,* 111.

102. *Ibid.;* cf. abajo notas 107.108.109. El Vaticano II subraya también la fuerza apostólica que brota de la unidad (*Perfectae caritatis,* art. 15; *Apostolicam actuositatem,* art. 23.29; *Gaudium et spes,* art. 21-32.

103. *Ansprache an die Deutsche Bischofskonferenz in Fulda am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 126.

104. *Ibid.,* 123.

105. M. SCHMAUS, *o.c.,* 91.

Papa, sino también todo el Pueblo de Dios. Juan Pablo II recuerda cómo los discípulos, según el relato de los Hechos de los Apóstoles, tenían un solo corazón y una sola alma, cómo se desarrollaron muy pronto una serie de servicios, carismas y funciones, cómo San Pablo expresó la unidad de estos diversos servicios con la imagen del cuerpo humano que tiene muchos miembros [106], y cómo el espíritu de unidad es fuente de vigor en la Iglesia [107], especialmente cuando se vive en la diáspora [108] o lejos de la patria[109]. La Iglesia sólo puede anunciar y comunicar a los hombres el amor de Dios si vive la unidad [110]. Las asociaciones y organizaciones católicas deben ser, como indica el Papa, «columnas y apoyos de la unidad entre el rebaño de Cristo y los pastores enviados por Cristo». No deben actuar buscando el prestigio o movidos por el egoísmo y el capricho, y deben «tener un solo corazón y una sola alma» (Act 4,32) [111]. Con especial énfasis encarece a los laicos la unidad en el servicio eclesial, cuando dice: «El espíritu que habéis recibido es el espíritu de unidad. Los muchos servicios son expresión y don del único Espíritu; cada cual debe tener el valor y la decisión de decir sí a un don y a una función especial. Pero esto significa: yo debo tomar tan en serio y estimar tanto la fe y la misión de mi prójimo como las mías propias. Colaborar, respetarse mutuamente, estar siempre dispuestos a la reconciliación, a emprender juntos nuevas tareas, no es menos importante que la fidelidad a la propia misión. La unidad significa también la colaboración abierta, bondadosa, paciente, comprensiva entre sacerdotes, diáconos y laicos. Sólo cuando todos se esfuerzan en esta colaboración puede hacerse realidad el testimonio de esa unidad 'para que el mundo crea' (Jn 17, 21)» [112].

El Papa recuerda especialmente a las personas de edad su responsabilidad en la unidad de la Iglesia [113]. Deben ayudarse unos a otros y no olvidar que la Iglesia es un cuerpo con muchos miembros y que

106. *Ansprache an die Laien im kirchlichen Dienst in Fulda am 18. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 136.
107. *Ibid.,* 137; cf. nota 102.
108. *Predigt zum Thema Diaspora in Osnabrück am 16. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 46.51.
109. *Ansprache an die ausländischen Gruppen in Mainz am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 95.90.
110. *Ansprache an die Laien im kirchlichen Dienst in Fulda am 18. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 138.
111. *Predigt zum Thema katholische Verbände und Räte bei der Eucharistiefeier in Fulda am 18. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 155.
112. *Ansprache an die Laien im kirchlichen Dienst in Fulda am 18 November 1980,* en *Verlautbarungen,* 144.
113. *Ansprache an die älteren Menschen in München am 19. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 192-199.

sólo en la unión de todos se puede hacer visible la plenitud del Cuerpo de Cristo; todos deben colaborar, ayudar y recibir ayuda; los sanos y los enfermos, los jóvenes y los viejos, los que han triunfado en la vida y los que están luchando por salir adelante, los jóvenes y los que un día lo fueron, los viejos y los que un día lo serán [114].

La unión del Pueblo de Dios se realiza y se alimenta [115], se hace visible y evidente [116], según el Papa, en la celebración de la Eucaristía. Existe sin duda una profunda relación entre la Eucaristía y el ministerio de Pedro en relación con la unión de la Iglesia. La Eucaristía, juntamente con el ministerio de Pedro, lleva a los fieles a la unidad [117]. Si el ministerio de Pedro se orienta primariamente a la unión en la verdad, la Eucaristía, cuya condición previa es la unión en la verdad, lleva primariamente a la unión en el amor. Así es, al mismo tiempo, signo de unidad y del compromiso en la búsqueda de la verdad. Una comunión eucarística sin la plena comunión eclesial es la ilusión de una unidad que no existe realmente. Para el Papa es doloroso que «la celebración del *mysterium Christi,* en lugar de crear la unidad con Cristo y entre los hermanos, ocasione disensiones y separación» [118], lo cual se opone diametralmente a la voluntad y al espíritu de Cristo [119]. Por eso exhorta a los sacerdotes a «evitar los subjetivismos deformantes» y «en unión con toda la comunidad de la Iglesia, en una celebración reverente y fiel del culto divino, anunciar a Cristo» [120], con el que están unidos con lazos de amistad.

Si la unidad se produjo inicialmente mediante el bautismo y queda sellada y perfeccionada mediante la Eucaristía, se confirma y se profundiza con los otros sacramentos [121]. El Papa destaca con especial énfasis la función unificante del sacramento de la Penitencia [122]. Según el Concilio Vaticano II, la reconciliación de los hombres con Dios es la base para la reconciliación de los hombres entre sí [123].

---

114. *Ibid.,* 197.
115. *Predigt zum Thema Diaspora in Osnabrück am 16. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 51.
116. *Ibid.;* cf. *Lumen gentium,* art. 2 y 11.
117. H. U. VON BALTHASAR, *o.c.,* 38 s.
118. *Predigt zum Thema Priester, Diakone, Seminaristen in Fulda am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 113.
119. *Ibid.*
120. *Ibid.*
121. E. LAMIRANDE, *o.c.,* 105-109, cf. H. U. VON BALTHASAR, *o.c.,* 39-43; H. LAIS, *o.c.,* 67 s.
122. *Predigt zum Thema Priester, Diakone, Seminaristen in Fulda am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 112.
123. *Gaudium et spes,* art. 78.

5. *La unidad de la Iglesia y la unidad del mundo*

En una época de escisiones internas y de creciente desintegración, la llamada a la unidad se hace más apremiante en la humanidad. Va cundiendo la conciencia de que, sin alguna forma de unión, no hay un futuro para el mundo. Por eso se pronuncian tan a menudo determinadas palabras, como unidad, solidaridad, fraternidad e integración. A medida que se produce la desintegración interna, la humanidad se va unificando externamente gracias a la técnica y a la civilización moderna; así aumenta la dependencia de los pueblos entre sí. Pero de esta tensión entre la dependencia y la desintegración nacen nuevos focos de conflicto. Ahora bien, la Iglesia puede ofrecer con su unidad interna una importante aportación a la unión del mundo [124]. El Concilio Vaticano II califica a la Iglesia de sacramento, de signo e instrumento «para la unión íntima con Dios y para la unidad de toda la humanidad» [125]; ella debe ser germen indestructible de la unidad para todo el género humano [126] y debe llevar a la humanidad, que fue originalmente una, de la disgregación a la unidad [127]. Esta misión es especialmente urgente en nuestro tiempo [128].

Pero esto supone el ministerio de la unidad, el ministerio de Pedro [129]. Juan Pablo II lo ve así cuando recuerda que la Iglesia tiene la misión de construir una civilización del amor, en la que el mundo se hace más humano. Es una tarea, como señala el Papa, que incumbe a todos, pero que recibe su inspiración más profunda en el espíritu del Evangelio: Cristo, que murió por todos, convirtió a todos en hermanos y hermanas [130]. En esta civilización del amor, que debe comenzar en Europa, todos los pueblos han de ser una gran familia. En ella deben predominar, en lugar del poder, la prepotencia y el egoismo económico, el desinterés y la auténtica solidaridad. Esta unión es una cuestión vital para cada individuo, porque sólo así será posible conjurar la «amenaza de una nueva guerra y de la aniquilación recíproca» [131]. El inicio de una civilización planetaria del amor se podrá entrever, a jui-

124. Cf. J. RATZINGER, *Der Primat des Papstes und die Einheit des Gottesvolkes*, en J. RATZINGER, *Dienst an der Einheit, l.c.*, 178 s.
125. *Lumen gentium*, art. 1.
126. *Ibid.*, art. 9.
127. *Ibid.*, art. 13.
128. Cfr. K. RAHNER, *Einheit der Kirche — Einheit der Menschheit, l.c.*, 75 s.
129. H. DE LUBAC, *o.c.*, 10.
130. *Ansprache an die Deutsche Bischofskonferenz in Fulda am 17. November 1980*, en *Verlautbarungen* 127.
131. *Abschiedswort auf dem Flughafen München-Riem am 19. November 1980*, en *Verlautbarungen*, 204.

cio del Papa, en el esfuerzo por una Europa unida, ya que Europa sólo podrá renovarse y unirse desde aquellas raíces de las que nació un día [132]. La civilización del amor exige que los cristianos dirijan su atención hacia los bienes futuros y no se pierdan en los bienes perecederos, que reaviven la disposición al sacrificio y la renuncia y adquieran una nueva comprensión de los consejos evangélicos [133]. Pero es, sobre todo, el amor el que crea la unidad, ese amor «que todo lo arriesga, lo soporta y lo espera» y «crea la unidad, porque va con Jesucristo a la cruz, une el cielo y la tierra y junta a todos los separados» [134].

6. *Consecuencias pastorales*

Como la unidad es una «exigencia y característica necesaria de la Iglesia vinculada a Cristo» [135] y, por tanto, un signo de credibilidad para sus ideales, la predicación y la pastoral deben insistir en la unidad frente a la desunión interna, el pluralismo intraeclesial y la identificación parcial con la Iglesia [136]. Pero este esfuerzo sólo se puede entender y sólo puede ser eficaz si los propios pastores lo asumen. Ellos y todos los que están al servicio de la construcción de la comunidad deben subrayar la eclesialidad del cristianismo y ligar a los fieles, en la confesión y en la realización de la vida cristiana, con los obispos y con el representante del ministerio de Pedro.

La fuerza unificadora es en última instancia la verdad, que el Espíritu de Dios garantiza absolutamente en la Iglesia. El fundamento espiritual de la unidad es la fe, es decir, el reconocimiento de la verdad de la revelación y la confesión de la misma [137]. Por eso la predicación destacará la objetividad de la revelación, que no está confiada al individuo, sino a la Iglesia en su totaldiad, a su magisterio, para su conservación y explicación [138].

La celebración de la Eucaristía representa la unidad de la Iglesia en cuanto don de Cristo, y la promueve y profundiza en cuanto función de los creyentes, a menos que se utilice para la provocación y la demostración de la subjetividad o para anticipar indebidamente la de-

132. *Ansprache an die Deutsche Bischofskonferenz in Fulda am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 127.
133. *Ibid.,* 128.
134. *Ibid.*
135. L. SCHEFFCZYK, *Das Unwandelbare im Petrusamt, l.c.,* 79.
136. J. SCHUMACHER, *Reflexiones acerca de la identificación con la Iglesia,* en «Scripta Theologica», 13 (1981) 115-143.
137. L. SCHEFFCZYK, *Das Unwandelbare im Petrusamt, l.c.,* 83.
138. DS 3020.3007.3012.

seada unidad de los cristianos separados. La oración por la unidad tiene un lugar destacado en la celebración de la Eucaristía.

La verdadera causa de la separación es el pecado. La reconciliación con Dios crea la unidad entre los hombres. Esta unidad, que se establece objetivamente con la redención, debe apropiársela el individuo en una vida de penitencia, en la constante actualización de esta penitencia, en el sacramento de la reconciliación [139]. Esto debería subrayarse en una pastoral al día.

Otra imagen olvidada que habría que poner de nuevo en circulación es la de la Madre Iglesia. Esta imagen permite al individuo un acceso profundo al misterio de la Iglesia, que es algo más que una realidad sociológica. La imagen de la madre se aplica a la Iglesia ya en el Nuevo Testamento y en la era patrística para expresar su unidad: como Eva dio a luz al pueblo de la dispersión, así la Iglesia engendra el nuevo Pueblo de Dios unido en Cristo [140].

Pero la Madre Iglesia lleva a la «Madre de la Iglesia». El Papa Juan Pablo II subraya la fuerza unificadora de María, que se advierte ya en la preparación de la joven comunidad de Jerusalén para el acontecimiento de Pentecostés en comunión con María, la madre de Jesús [141]. Según el Concilio Vaticano II, la unidad interna de la Iglesia *deriva en último término de la unidad con Cristo; pero el Concilio* ve a María como el prototipo de la Iglesia por su fe, amor y perfecta unión con Cristo [142]. El Concilio declara que la predicación sobre María y su veneración llevan a los fieles a Cristo [143], que al honrarla a ella se reconoce, se ama y se glorifica al Hijo [144]. La virtud unificadora de la figura de María es una idea familiar en la tradición de la Iglesia. El Papa recurre a esta tradición cuando dice: «La madre da la vida y la unidad al cuerpo humano. María, por la virtud del Espíritu Santo, dio la unidad al cuerpo humano de Cristo. Por eso, en una época en que el Cuerpo místico de Cristo quiere alcanzar la unidad, nuestra esperanza se dirige especialmente a ella» [145]. Justamente en la orientación hacia María, la predicación y la pastoral contribuyen en forma destacada a la unión de la Iglesia ya que María es el camino seguro y verdadero hacia Cristo, el auténtico centro de la unidad de la Iglesia.

---

139. Cf. *Lumen gentium,* art. 9.
140. Cf. H. DE LUBAC, *o.c.,* 129-149.
141. *Ansprache an die Deutsche Bischofskonferenz am 17. November 1980,* en *Verlautbarungen,* 128.
142. *Lumen gentium,* art. 63.
143. *Ibid.,* art. 65.
144. *Ibid.,* art. 66.
145. Karol WOJTYLA, *Zeichen des Widerspruchs, Besinnung auf Christus,* Zurich/Friburgo, [3]1979, 234.